



DIÓCESIS DE RIOHACHA
MONSEÑOR FRANCISCO ANTONIO CEBALLOS ESCOBAR C.Ss.R.
HOMILIA DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO
RIOHACHA, JUNIO 27 DE 2021

Estimados hermanos, sean todos bienvenidos a la celebración eucarística en este décimo tercer domingo del tiempo ordinario. Qué bueno volverlos a encontrar en esta catedral después de varios domingos en que por razón de mi oficio he tenido que celebrar la eucaristía desde otras parroquias de la Diócesis en la visita pastoral. Saludos a los que todavía nos siguen a través de las redes sociales, exhortándolos, a la vez, a volver a los templos para celebrar juntos la Eucaristía, claro está, utilizando todas las medidas de bioseguridad. Ofrezco esta Eucaristía por todas las personas que se encomiendan a nuestra oración. Pido por el eterno descanso de quienes durante esta semana han partido a la casa del padre.

Estimados hermanos en este tiempo de pandemia todos hemos tenido más familiaridad con la muerte, ya sea porque alguien de nuestro entorno familiar o círculo de amigos ha partido, o porque quizá hemos sido infectados por el virus. ¡Cuánto temor a la muerte al sabernos infectados! ¡Cuántas noches largas sin poder conciliar el sueño midiendo la temperatura o el nivel de saturación! ¡Cuánta soledad y angustia al saber que el virus puede acabar con nuestra vida! El libro de la Sabiduría leído desde esta perspectiva, nos ofrece hoy una página sobre la razón de ser de la muerte, uno de los interrogantes que siempre ha preocupado a la humanidad. Son palabras de confianza a quienes creemos que la muerte no es el final del camino, “pues Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser”. Si, el hombre no es un ser para la muerte sino para la vida; la vida eterna que nos ofreció el mismo vencedor de la muerte y el pecado; aquél que nos dijo: “Yo soy la resurrección y la vida... el que crea en mí, aunque haya muerto vivirá”. Asumir la muerte desde la fe, no como una tragedia, sino como la puerta de la verdadera resurrección.

Si, para alcanzar la vida, es condición creer que Jesús da la vida eterna. Es necesario manifestar con nuestros labios y obras nuestra fe en aquél que fue capaz de silenciar al mar y calmar las olas embravecidas, como escuchamos hace ocho días en el Evangelio de la tempestad calmada. Con este milagro los discípulos van descubriendo la divinidad de Jesús hasta que plenamente lo aceptan después del evento de la Pascua de Resurrección. Es que el seguimiento de Jesús exige fe: hombres de poca fe, ¿por qué tienen miedo?, ¿aún no tienen fe?, les dice Jesús mientras van navegando hacia la Decápolis. Creer en Jesús y creerle a Jesús, son condiciones para alcanzar el favor de Dios y la vida en plenitud.

El Evangelio de hoy nos sigue mostrando los milagros con los que Jesús revela progresivamente su condición divina. Si antes era la tempestad del lago la que calmaba, hoy aparece como Señor de la enfermedad y de la muerte. Para ser curados de la enfermedad o de la muerte es necesario que seamos tocados por Cristo, y para ser tocados por Cristo es necesario que nosotros lo toquemos con fe y confianza, es decir confesarlo como Dios y Señor.

En el Evangelio encontramos dos ejemplos, dos estilos de fe que hacen posible la sanación de la hemorroisa y la resucitación de la hija de Jairo, jefe de la sinagoga.

Jesús, después de desembarcar del viaje a tierra de paganos se le reunió mucha gente; allí estaba Jairo, el jefe de la sinagoga de Cafarnaúm, queriendo ver a Jesús; al verlo se le echó a sus pies, rogándole con insistencia que sanara a su hija: “mi niña está en las últimas, ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva”. Jairo confía en que Jesús curará a su hija que está al borde de la muerte. Por supuesto que Jesús de manera inmediata Jesús se puso en camino seguido por una multitud que lo apretujaba queriendo estar cerca de él. Entre la multitud una mujer enferma de flujos de sangre desde hacía doce años; además, marginada tanto religiosamente por su impureza legal, como también socialmente por ser mujer; y pobre porque ya había gastado su fortuna en médicos buscando su salud, al darse cuenta de la presencia de Jesús se le acerca sigilosamente abriéndose paso entre la multitud; y sin mediar palabra y sin pedirle nada, le toca el manto; estaba convencida de que con sólo con tocarle el manto lograría la sanación de su larga y fastidiosa enfermedad. Efectivamente, la mujer quedó sanada, se secó la fuente de la hemorragia.

Yendo de camino le anuncian a Jairo que la niña había muerto, ¿para qué molestar más al Maestro? Jesús al oírlos, se dirige a Jairo tratando de consolarlo en tal difícil momento, diciéndole: “No temas, basta que tengas fe”. Jesús ya en casa de Jairo, al oír el alboroto y lamentos de la gente, les dice: “la niña no está muerta, está dormida”. Los asistentes no lo creen, hasta se burlaban de él, pero Jairo sí que le creyó a Jesús. Jesús tomó de la mano a la niña, la ordenó levantarse y ella se puso en pie inmediatamente y echó a andar. Hasta pidió que le dieran un poco de comida.

Son dos maneras de expresar la fe. La fe de Jairo es abierta, pública, confiada, perseverante. Basta con imponer las manos. Es una fe que no claudica aun en situaciones límites o difíciles como fue la muerte de su hija. Jairo no desiste que Jesús vaya a su casa; para él la presencia de Jesús en medio de los suyos es importante, aunque su hija ya esté muerta.

La fe de la hemorroisa es una fe silenciosa, sin ruido ni aspaviento; es una fe humilde, sencilla, sincera. Es una fe que se manifiesta en el contacto con la fuente del milagro. Ella está convencida que con sólo tocar el manto de Jesús quedaría curada. Esta puede parecernos una fe mágica, que con sólo tocar, hay sanación. Pero, aquí en la actitud de la mujer, no hay nada de magia, hay simplemente fe pura, confianza absoluta en Jesús que va sanando en donde encuentra fe sincera, no importa la manera como ella se exprese.

Aunque de esa manera se curó, la curación es fruto de la Palabra de Jesús, supuesta, obviamente, la fe de la mujer, pues Jesús no hace milagros donde no encuentra fe; aunque sea

poca, como un granito de mostaza. No es que el poder de Jesús emanara automáticamente de su persona por mero contacto, incluso sin darse él cuenta. Muchos de la multitud circundante tocaban físicamente a Jesús, como lo hacen notar los discípulos, pero no recibieron favor especial de él, con seguridad muchos de los que seguían a Jesús eran noveleros o simplemente lo seguían por un interés particular. Es la fe lo que marca la diferencia y supera la magia. Así lo hace constar Cristo mismo cuando pone en evidencia a la pobre mujer delante de todos y ella asustada y temblorosa se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. Es entonces cuando Jesús le dice: “Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud”. La frase de Jesús: “Tu fe te ha curado”, resalta el encuentro personal, y no anónimo en la masa.

Es que Dios se hizo hombre para entrar en contacto con nosotros. Dios descendió hasta nosotros para poder tocarnos a nosotros y para que nosotros pudiéramos tocarlo a él. El contacto con Cristo es nuestra salud. La encarnación fue justamente ese intento de Dios para tocar a la humanidad y sanarla, porque estaba herida por el pecado; pecado que provocó la enfermedad y la muerte. Sabemos por los Evangelios que no todos supieron tocar a Jesús, no se dejaron tocar por él. Sumos sacerdotes, fariseos y escribas, reyes quisieron tocar a Jesús desde su envidia e inquina, y no permitieron que la fuerza sanadora y salvadora de Cristo entrara en sus almas y os curase de su soberbia y orgullo. Muchos de los que a él acudían le quisieron tocar exteriormente sólo por pura curiosidad y conveniencia; a estos tampoco les llegó la radiación del poder salvador de Cristo. Pero sabemos que muchos que se acercaron a Jesús y lo confesaron como Dios y Señor fueron sanados, fueron salvados.

Estimados hermanos, tanto la hemorroisa como Jairo son vistos por la tradición eclesial como modelos de fe. Por eso, hoy es un día propicio para cuestionarnos acerca de nuestra fe. ¿Qué tan grande es nuestra fe? ¿Perseveramos en ella aun en medio de las dificultades que se nos presentan en nuestra vida? ¿Nos desmotivamos cuando no obtenemos lo que en oración pedimos? Preguntémonos también: ¿Cómo y dónde podemos tocar hoy a Cristo y ser tocados por él, y así ser curados? Hoy podemos tocar a Cristo en los sacramentos, en el pobre que está en las periferias existenciales y en el que vive a nuestro lado.

Permítanme celebrar con ustedes la fiesta de la Virgen en la advocación de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, patrona de las misiones redentoristas; también patrona de la parroquia del Perpetuo Socorro en Maicao. Esta advocación nos recuerda el cuidado de la Virgen por Jesús, desde su concepción hasta su muerte, y que hoy sigue protegiendo a sus hijos que acuden a ella. A ella acudo para que sea mi perpetuo socorro mientras voy de camino hacia la casa del Padre. Amén.

